

# APUNTES

— 26 —

30 DE ABRIL DE 1936

## El Político

La sociedad editora que se llama "Las Bellas Letras" acaba de publicar la obra de Platón intitulada el *Político*, con prólogo, notas y traducción de Augusto Diés, perteneciente al grupo de escritores insignes y modestos que viene levantando desde hace quince años ese monumento de erudición profunda y delicada que se llama "Colección de las universidades de Francia".

A pesar del deseo manifiesto de dichos escritores de no llamar la atención, el trabajo de Diés ha resultado un sacudimiento literario general. Sacudimiento sorprendente cuando se piensa en la disminución irremediable de los amantes de cultura general, de los hombres que, aparte de sus intereses y cuidados profesionales, encuentran tiempo para abrir un libro que no sea de mero entretenimiento. ¿Cómo explicarse esta boga extraordinaria del libro de Diés?

Tratemos de adivinarlo, pero, ante todo, ¿qué es el "Político"? Permítaseme una ligera digresión antes de responder. En la carta celeste de la inteligencia, el

platonismo aparece como un sistema solar de extensión maravillosa. La obra de Platón está compuesta casi exclusivamente de tratados en forma de diálogos, y cada diálogo es comparable a un planeta que da vueltas alrededor de la idea del Bien. Pero las órbitas de estos planetas no son nada regulares: se cortan aquí y más allá y penetran en regiones extremadamente distantes unas de otras: moral, arte, religión, metafísica, matemáticas, psicología, política, derecho. Resulta de ello que, si del lugar de observación que cada época constituye, un erudito puede, gracias al telescopio de sus conocimientos, observar, más o menos bien o mal, el conjunto del sistema, los simples curiosos, en cambio, no ven a la simple vista sino ciertos planetas y solamente en la parte de su trayectoria que está cerca de ellos. Así, la Edad Media, que aguardaba el fin del mundo, ha devorado los pasajes del *Critias* y del *Timeo* en que estaban descritas las catástrofes cósmicas. El siglo XVIII, enamorado de la psicología, se echó sobre la teoría de la reminiscencia expuesta en el *Menón*. El siglo XIX, en que se desarrolló tanto el socialismo, escogió la ciudad comunista de la *República*. Y del mismo modo, nuestro siglo XX se enardece con el *Político*, en que está delineada la figura del verdadero hombre de Estado. ¿No decía Guillermo Ferrero la otra tarde, que el problema crucial de nuestro tiempo es el problema político? ¿Y no lo dijo antes Carlos Maurras, aunque para llegar a conclusiones diametralmente opuestas?

Entre los planetas del sistema platónico, el *Político* es uno de los que más viajan y de los más difíciles de seguir. Nos lleva por espacios que tienen que parecer muy áridos para quien no posea el fuego sagrado. Para alcanzar el conocimiento del tema propuesto, son necesarias largas digresiones. Para eliminar los elementos extraños, hay que entenderse acerca del método de investigación, y esto exige costosas explicaciones. El lector medio, pasará saltando, con riesgo de descuidar algún punto esencial, y llegará por fin a la última parte del libro, que lo entusiasmará. De repente, tendrá delante las cuestiones más palpitantes de actualidad. Formuladas con un atrevimiento y una profundidad admirables, dichas cuestiones le aparecerán bajo un aspecto enteramente nuevo. Aun cuando no acepte las conclusiones del filósofo, quedará sorprendido, perplejo, conquistado.

El carácter de actualidad y de adivinación extraordinarias de las páginas del *Político* explica, pues, su actual fama clamorosa.

¿Y qué dice Platón? En primer lugar, se eleva contra la manera con que se consideraba en su época (*y hoy también*) el problema constitucional. "Se tomaba como criterios (esto es resumen de Diés) el número, la fortuna, los grados de libertad o de legalidad, y se distinguían cinco constituciones: reinado o tiranía, aristocracia u oligarquía, y... democracia. Criterios *gastados*, afirma Platón, y distinciones sin valor. No hay más que un criterio que cuenta: la ciencia. No hay,

pues, más que una autoridad y un derecho: la autoridad y el derecho de quien posee la ciencia, y quien la posee, no es la multitud, ni una casta o círculo cualquiera, es uno solo, o, a lo más, dos o tres. La ciencia está ordenada para el bien. Que lo haga aceptar de buen grado —el bien— o que lo imponga por la fuerza, no importa, con tal de que ella lo realice!”

Ciertamente, Platón quiere sujetar el hombre a la ciencia y no al capricho de otro hombre, pero su alegato resulta en favor de los regímenes dictatoriales. Así como hoy los abusos del parlamentarismo y las debilidades de la democracia o de la monarquía moderada, convierten a un número cada vez mayor de individuos en partidarios de una política empírica que se refiere a resultados y no a principios, así el maestro de la Academia griega sacude el yugo de la ley considerada como una reglamentación definitiva y superior de las relaciones humanas. El gobierno ideal será aquel en que la ciencia reine como soberana por intermedio de un rey o de un jefe (¿estamos cerca del Führer o del Duce?) que la posea plenamente. Este será el Político por excelencia. Mas no siendo casi posible esperar encontrar este fénix, lo que conviene es graduar los regímenes según el campo de acción más o menos grande que concedan a la ciencia.

Veamos qué es esta famosa ciencia. Platón la compara al tejido. Es una función de entrecruzamiento de todos los elementos del cuerpo social. Comienza por estudiar, escoger y modelar los temperamentos, sobre to-

do mediante la educación (Alemania, Rusia, Italia), para poseer materiales listos y trabajables. "De los enérgicos —explica Diés— hará los hilos de su cadena; de los moderados, la tela flexible de su trama." Muchas clases de lazos los unirán, pero ante todo "la comunidad de opiniones verdaderas y firmes sobre lo bello y el bien." Hasta los matrimonios, todo será reglamentado. "Mezclar los temperamentos, asociarlos no solamente en las familias, sino también en las magistraturas y los comandos; hacer así de todos los elementos sociales un tejido flexible y resistente, tal es la función de la *ciencia real* o política." ¿No es esto lo que hacen o quisieran hacer nuestras dictaduras modernas?

Hay que hacer, sin embargo, una reserva: lo bello y el bien según Platón son bastante diferentes de lo que han imaginado Marx, Mussolini y Hitler. La nobleza y la grandeza del *Político* dependen justamente de la calidad del ideal que desee imponer. Cualquiera que él sea, produce los mismos efectos de que estamos amenazados: la pérdida de la libertad y del individualismo, la reducción de la *estatura del hombre*, como dice Ramuz, hasta no ser más que la de un insecto social, ¿Cómo no evocar, frente al tirano sabio e industrial magníficamente descrito por Platón, la figura de PERICLES que supo ser eso y respetar por añadidura la libertad y el carácter de sus conciudadanos? Ahí está todo el drama intelectual y social de nuestro tiempo.

*Jean Marteau*

## Casamientos forzados

Por Alfonso Jiménez Rojas

En el número de la revista APUNTES correspondiente al 25 de febrero de 1935, se publicó con el título *Del Divorcio* un trabajo mío relativo a los desaciertos cometidos en el Código Civil de Costa Rica en materia de matrimonio.

En dicho trabajo anoté la enorme y trascendental inconsecuencia de establecerse que el matrimonio celebrado por la Iglesia Católica Apostólica Romana, una vez inscrito en el Registro del Estado Civil, surte efectos civiles, salvo que se haya efectuado contra lo dispuesto en el artículo 55 del Código Civil, a la par que se establece que a la autoridad civil corresponde conocer de toda demanda sobre divorcio y separación y sobre nulidad o cualquiera otra cuestión referente al matrimonio, puesto que en el artículo 86 del mismo Código se prescribe que el divorcio, una vez judicialmente pronunciado, disuelve el vínculo matrimonial, lo que se opone de modo abierto a las respectivas prescripciones eclesiásticas. Expuse también las perniciosas consecuencias que en la práctica han tenido las referidas disposiciones del Código, no sólo respecto a los matrimonios católicos, sino también a los matrimonios puramente civiles, en virtud del precepto consignado en el artículo 82 del propio Código, según el cual debe decretarse el divorcio cuando lo pida uno de

los cónyuges que han estado dos años separados judicialmente, siempre que durante ese término no haya mediado reunión o reconciliación entre ellos, ya que conforme al artículo 91 del mismo Código, el mutuo consentimiento es una de las causas para decretar la separación de cuerpos, pues el llamado consentimiento *o la firma*, como vulgarmente se dice, se da a veces de modo inconsciente o a fuerza de engaños o amenazas.

Para completar el cuadro de los desastres debidos principalmente a la legislación, o facilitados por ella, en el asunto fundamental del matrimonio, voy en seguida a tratar de los casamientos que se llevan a cabo por medio de coacción, es decir de fuerza y violencia y hasta con prescindencia de las disposiciones del Código Civil, y de los cuales, como si fueran cosas admirables, algunos se ufanan.

¡Valientes matrimonios los que así se celebran y de manera análoga se deshacen en nuestro país!

En el Código Penal emitido por la Ley N<sup>o</sup> 11 de 22 de abril de 1924, y que rige desde el día 1<sup>o</sup> de julio de ese año, en el capítulo concerniente a los delitos de violación, estupro y raptó, se encuentra la siguiente disposición:

“Artículo 311.—En los casos de estupro y en los de violación o raptó de una mujer soltera, el delincuente quedará exento de toda pena, si consintiendo la ofendida, se casare con ella, después de restituida a su casa u otro lugar seguro”.

Comparada esa disposición con la semejante del

artículo 391 del Código Penal de 1880, me parece que ésta es mejor, puesto que no podía dar lugar a tergiversaciones como las que se han hecho del texto del artículo 311 para prescindir del consentimiento de los padres, o de los tutores o del Poder Ejecutivo, cuando era indispensable por ser menor el delincuente sobre quien se ejercía coacción para que se casara.

En efecto, en el artículo 391 del antiguo Código, se dice así, con relación a los expresados delitos:

“En todo caso se suspende el procedimiento o se remite la pena, casándose el ofensor con la ofendida.

“No produce estos efectos la proposición de matrimonio desechada por la ofendida, por la persona que debe prestar su consentimiento para el acto o por el juez en su caso, o cuando no pueda verificarse el matrimonio por un impedimento legal”.

El Código Civil establece, en su artículo 57, que es prohibido el matrimonio del menor de veintiún años, sin el consentimiento previo y expreso de quien ejerza sobre él la patria potestad o la tutela en su caso, y en su artículo 68, que el consentimiento del tutor puede dispensarse para el matrimonio del menor, cuando los motivos en que funde su negativa no fueren razonables; que esta dispensa la concederá el Poder Ejecutivo sin exacción de derechos; que ni el padre ni la madre están obligados a motivar su disenso, y su consentimiento no puede dispensarse.

Tan terminantes preceptos de la legislación civil nada valen para los que entienden el artículo 311 del

Código Penal de manera que pueda celebrarse el matrimonio inmediatamente bajo la coacción que se hace al delincuente o supuesto delincuente, con abstracción de todo interés de su familia, aunque se trate de un adolescente inexperto.

¿Pues no se consideran algunos funcionarios autorizados por ese artículo 311 para intervenir en la celebración del matrimonio, cuando sus funciones son judiciales o de auxiliares de la administración de justicia?

Mas, pésele a quien le pesare, ahí está el texto del artículo 311, diciendo a todo el que con ánimo sereno quiera verlo, que ni por él ha sido derogada la legislación civil sobre el matrimonio, ni los funcionarios judiciales ni sus auxiliares de la policía pueden deducir de él facultades que no se les han conferido.

Paso a examinar algunas de las disposiciones que preceden al artículo 311, relativas al estupro en el primero de los casos señalados en el Código Penal, pues para mí ese caso constituye el escollo más peligroso adoptado, sin duda, con muy buena intención, e inspirado por ideas y costumbres que, a juicio mío, no son ya las reinantes. Pero, sea de esto lo que fuere, es lo cierto que por mi parte, si me hubiera tocado dar mi voto para la adopción de las disposiciones aludidas, no me habría atrevido a votar a favor de ellas. Pensé cuando leí el Código después de su promulgación, que dichas disposiciones entrañaban peligro, especialmente para los jóvenes sin experiencia y para sus padres des-

cuidados o ignorantes, y así lo manifesté con sinceridad en el seno de la confianza. ¡Cuánta razón tenía yo!

Hé aquí las disposiciones legales a que acabo de referirme:

Código Penal. "Artículo 302. Será responsable de estupro, incurriendo en la pena de prisión en sus grados segundo a tercero (de 2 años, 1 mes y 1 día a 5 años y 3 meses, explico yo):

"1º El que tuviere acceso carnal con una doncella mayor de quince, pero menor de diez y ocho años"....

"Artículo 303. Para los efectos del artículo anterior *se presumirá ser doncella toda mujer honesta, de buena fama y soltera, que no hubiere sido madre*".

El artículo 303, es claro, no se refiere solamente al caso 1º de estupro — que consiste en el mero hecho de tener acceso o cópula carnal con una doncella o presunta doncella de 15 a 18 años—, y comprende también otro caso: "2º El que tuviere acceso carnal con una doncella (o presunta doncella) de diez y ocho o más años que no haya alcanzado la edad de veintiuno, siempre que haya mediado promesa matrimonial o cualquier modo de seducción por engaño."

La frase del artículo 303 que he subrayado muestra el artificio de que en esta ocasión, como en otras, se han valido los Poderes que en Costa Rica intervienen en la emisión de las leyes, para salvar la dificultad de la prueba de los hechos erigidos en delitos y castigar en todo caso al varón, como si en realidad sólo

a él se debieran, aunque el presunto culpable sea un muchacho de quince años o poco más de edad.

Nada más cómodo para los gobernantes que establecer presunciones a fin de dar por existentes hechos en realidad no probados. Para algo se dispone del poder. Lo de menos son los principios. Abreviar la tarea y realizar el propósito perseguido, es lo esencial para el que manda.

Al indiciado o acusado de un delito que se tiene por cierto en virtud de una presunción legal, presa quizás de la ofuscación, desprovisto de recursos muchas veces y sumido en una cárcel, le queda, para que se entretenga en último término, la tarea de probar que no concurren las circunstancias indispensables señaladas para la presunción; cosa talvez imposible.

En verdad que no se puede menos de pensar, frente a disposiciones como las examinadas, que los gobernantes se olvidan a veces del papel que como tales les corresponde y se inclinan a un lado; no toman en cuenta sino el interés de unos de los gobernados en contra del de otros.

Nuestra Constitución Política, sin embargo, marca a los gobernantes la línea de su conducta con preceptos tan explícitos como son los siguientes:

“Artículo 25. Todo hombre es igual ante la ley.”

“Artículo 42. A nadie se hará sufrir pena sin haber sido oído y convencido en juicio...”

Convencerlo a uno es probarle una cosa de manera que racionalmente no la pueda negar. No se convence,

pues, no es posible convencer en juicio sirviéndose de presunciones preestablecidas en una ley.

Lo que sucede es que la legislación del país, formada por lo general de retazos tomados de aquí y de allá, sin coordinación, está plagada de cosas extrañas a nuestras instituciones fundamentales, a lo que se agregan las corruptelas y desquiciamientos hijos del espíritu de novelería.

Pues bien, volviendo al tema de los matrimonios originados por el famoso artículo 311 del Código Penal, empeorado con la manera de entenderlo en la práctica, cabe preguntar qué se remedia con la celebración del acto de un casamiento que no puede llamarse voluntario.

Los buenos matrimonios, los que se mantienen a través de las vicisitudes de la vida, se apoyan en la voluntad consciente de los esposos, sostenida por el sentimiento de la propia responsabilidad, y en la mutua estimación.

Por casualidad podrá resultar, si no bueno, mediano, un matrimonio contraído tan sólo para salir de un mal paso y ganar tiempo bajo la presión de una amenaza seria capaz de dar al traste con toda la existencia.

Es absurdo y desmoralizador convertir el matrimonio —institución para unos santa; digna de respeto y protección universalmente— en castigo de un acto irreflexivo muy humano — por no decir muy animal, como es el del caso 1º del artículo 302, en que no media el supuesto engaño del caso 2º, ni menos vio-

lencia propiamente dicha, facilitado por las circunstancias, provocado seguramente en bastantes ocasiones, y cometido sin testigos, como es natural.

¡Qué base más segura no será la actual legislación, en vista de todo lo expuesto y de lo que de ello se deduce, para intrigas de la peor laya, en una época en que el ansia casi morbosa de comodidades, lujo y placeres va desalojando los sentimientos de dignidad y honor! Porque es sabido que para las acciones perversas no faltan consejeros y auxiliares.

29 de marzo de 1936

---

## Recortes y comentarios del Director

El doctor Richard Cabot, de la Universidad de Harvard, en un discurso condenatorio del actual abuso de medicinas, dijo que "de cuatrocientos casos, sólo siete habían sido curados con medicinas." A este respecto recordamos la opinión de Franklin: "El mejor doctor es el que sabe la inutilidad de las medicinas."

Para evitar o para curar las enfermedades, lo mejor es ayudar a que la naturaleza obre, utilizando sus mejores agentes: descanso, aire puro, sol, dieta adecuada, ejercicio y agua; mucho más efectivos que toda la farmacopea. (No olvidar el descanso del oído).

*Dr. H. W. Vollmer*

\* \* \*

La frontera canadiense desarmada es talvez la lí-

nea divisoria más próxima al ideal, en la geografía política del mundo.

*H. G. Wells*

\* \* \*

En la escena moderna han aparecido cuatro tipos principales de mujer perfectamente definidos.

El primero es el de la muchacha anticuada, de esas que todavía creen implícitamente en la inferioridad de la mujer, que desean abandonarse en manos de un hombre fuerte, con tipo de caballero andante, y quieren hallarse bajo su protección como si fuesen unas flores frágiles y delicadas incapaces de existir sin amparo en un mundo tan duro y tan vulgar.

El segundo tipo es el de la mujer que ha sido envuelta por el torbellino revolucionario de la emancipación. Rechaza la vieja teoría, y no sólo cree que está capacitada para todo, como cualquier hombre, sino que a menudo se tiene por muchísimo mejor. Es agresiva, independiente, "hombruna", arrebatada, y se resiente de cualquier imputación de debilidad.

El tercer tipo es el de las mujeres que vacilan entre el harem de las del primer grupo, y las oficinas bulliciosas del segundo. Demandan los privilegios de la emancipación, sin sus responsabilidades; la solicitud, caballerosidad y romanticismo del feudalismo, pero sin los inconvenientes de las corazas de castidad y las dueñas antañosas. Quieren, en una palabra, el lado bueno de todas las medallas, y forman en gran parte el ejército de las neuróticas.

El último tipo, y quizá el más raro de los cuatro, es el de la mujer psicológicamente madura que reconoce que el hecho de ser una mujer no es un signo de inferioridad ni tampoco de superioridad. Gusta de ser un camarada, un complemento, no un adorno ni otro hombre. Es una compañera ideal de juegos, en el más elevado sentido de la palabra. Quiere compartir lo mismo los privilegios que las responsabilidades de la libertad y exige que su propio espíritu de independencia sea reconocido en su justo valor. No quiere depender de un hombre y representar el papel de hermanita delicada, ni gusta de parodiar la masculinidad por la expresión de su "hombría." Es la mujer más satisfactoria, la más emotiva, la más completamente humana que se puede poseer, la más difícil de adquirir, la que con más sabiduría debe conservarse. Con ella puede uno mostrarse tal como es. No necesita hacer ostentación de su masculinidad, ni tiene que temer que ella considere como un insulto el ser cortés o normalmente solícito. Esperará que el compañero le haga cualquier obsequio, pero no tolerará ningún gasto exorbitante. Le interesarán los niños y los deportes, la fundación de un hogar y el logro de una carrera, porque su carácter es el de una mujer normal. Naturalmente, el hombre que encuentra una mujer así, debe hacer todo lo posible en su honor, pues lo más bello de su personalidad es su camaradería y la facilidad de su trato.

*W. Beran Wolfe*

\* \* \*

La superstición de los poderes ocultos de los sueños no es patrimonio exclusivo de los salvajes. Schopenhauer relata lo siguiente: "Acababa de escribir una carta y puse la mano sobre el tintero creyendo que era la arenilla para secar lo escrito. El tintero se volcó sobre el piso. Llamé a la sirvienta para que limpiara la mancha. Mientras hacía esto, me contó que había soñado la noche anterior que andaba ocupada en la misma tarea y le dijo su sueño a una compañera; la cual confirmó lo dicho. Esta historia coloca la efectividad de tales sueños fuera de duda."

Para emitir su opinión sobre lo sucedido, el investigador científico querría saber cuántas veces el distraído profesor había volcado su tintero anteriormente. Es muy probable que no fuera la primera vez que la sirvienta lavara el piso después de un accidente parecido. El hecho es que los que sueñan olvidan el gran número de veces en que no ha ocurrido nada importante en relación con sus sueños. Únicamente las coincidencias realmente raras de daños, enfermedades o muertes son las que se traen a cuento.

Otro hecho es el frecuente deseo de relatar un buen cuento. Para impresionar a su auditorio, para lograr aderezar una historia dramática, el que soñó, altera más o menos su sueño: agrega nuevos detalles y suprime los incidentes desfavorables.

*J. H. Conn*

\* \* \*

Lo que pasa con los sueños, pasa también con los

presentimientos. Si las personas que creen presentir anotaran cuidadosamente en una libreta, inmediatamente, todas las circunstancias y pormenores de sus presentimientos, acabarían por convencerse de que la inmensa mayoría de las veces son ellos perfectos desaciertos. La misma coincidencia casual que resulta, allá una vez entre mil, no es exacta nunca: siempre resulta con alguna variación. Al relator de aciertos hay que exigirle que nos muestre su libreta de anotaciones.

\* \* \*

Entre los "Consejos a un francés que se va para Inglaterra," de André Maurois, está el siguiente: "No seas preguntón. Yo viví seis meses con un inglés en la misma tienda de campaña y participé de su tina de baño. Pues bien, nunca me preguntó si era casado, qué hacía en tiempo de paz o qué libros leía. Si en alguna ocasión te crees obligado a contar tus intimidades, notarás que te escuchan con una indiferencia correcta. Cuidate de no hacer confidencias que afecten a los demás. La maledicencia existe allí como en cualquier parte, pero es más rara y de carácter más serio. Prefiere el silencio al escándalo."

\* \* \*

¿Hay que hacerle caso al ilustre escritor francés Romain Rolland? Si no es sincero, huelga la respuesta. Y si es sincero, no hay que hacerle caso. Por temperamento, cambia de posición mental con una facilidad maravillosa. Hoy se eleva a la estrato-esfera política, "por encima de las contiendas," sin dársele un ardite

las realidades. En seguida, desciende y se convierte en un "apóstol del sentido común," armado para las contiendas. En este momento, ha caído en el comunismo: del valiente liberal de mejores tiempos, no queda ni la sombra. El pacifista está armado para la defensa del Soviet.

\* \* \*

Confucio, cinco siglos antes de Jesús, formuló en términos simples el más admirable y útil de los principios morales: no hagas a otro lo que no quisieras que te fuera hecho. Con esto basta para conducirse en sociedad, sin preocuparse con el Estado. En China, el Estado es considerado todavía hoy como un mal del que debe uno librarse lo más posible. ¿Cuál irá a ser la suerte de China relativamente a los dos fuegos estatistas que han comenzado a quemarla — la democracia europea y el comunismo ruso?

\* \* \*

*The New York Times Magazine* de 23 de febrero trae un importante artículo de John Dewey acerca del liberalismo. Me limito a recomendarlo. No puedo extractarlo. Es de esos artículos que no admiten mutilaciones. Voy a expresar por mi cuenta aquello que me parece ser el pensamiento capital.

La idea de forzar a los hombres a ser libres es una idea muy antigua, pero contraria, por naturaleza, a la libertad. La libertad —como la felicidad— no es una cosa que pueda dársele al hombre como un regalo, sea a la antigua manera del paternal despotismo de las

benevolentes dinastías, o sea a la moda última de las dictaduras de orden proletario o de orden fascista. Ni la libertad ni la felicidad pueden venirle a nadie de fuera, mediante este o aquel mecanismo político. Los cambios sociales efectivos se realizan lentísimamente y sólo de un modo: cambiando a los individuos. La *cooperación voluntaria* es la única forma de cooperación eficaz y a ella se llega únicamente mediante el desarrollo de las personalidades asociadas.

\* \* \*

La mayoría de los fracasos que cargamos a la cuenta de la política derivan de ineptitudes individuales, y en toda crisis de la vida pública se contiene otra, que es su razón suficiente: crisis de hombres.

*M. Fernández Almagro*

\* \* \*

En cuanto a los “progresistas” y comunistas británicos que viven alabando los métodos soviéticos, me gustaría verlos trabajando en una granja colectiva durante doce horas diarias y por ocho rublos, alimentándose con pescado, pan negro, melones y té. Los bolcheviques de salón, de Bloomsbury, se darían cuenta entonces de lo que es encontrarse realmente en la “nueva sociedad”.

*John Brown*

\* \* \*

Mi conocimiento de Marx es tan débil y en su mayor parte tan indirecto que preferiría no hablar de él. Cierta vez, a raíz de la revolución rusa, me procuré un

ejemplar de *Das Kapital* y comencé a leerlo; pero al llegar a la definición del valor, después de cerciorarme cuidadosamente de que no estaba soñando, me pareció que ya había leído bastante. Porque el libro dice que el valor se crea por el trabajo, y es proporcional al tiempo empleado en la obra; de suerte que si un haragán perezoso empleara dos horas en componer un reloj, y un hombre diligente y experto empleara una hora, el trabajo del haragán tendría doble valor y debería ser remunerado doblemente. Me doy perfecta cuenta de que, entretejido en este absurdo económico, hay un hilo de justicia mística; pero en el nivel político y en el ético el absurdo es tan palpable, que estoy seguro de que sólo pudo sugerirlo algún móvil extraordinariamente apasionado.

El impulso que instigó esta revolución no fue primordialmente la benevolencia, como en el caso de los reformadores liberales.

El valor surge de una armonía espontánea de la vida dentro de nosotros mismos, o una armonía entre nuestra vida y el movimiento general de la naturaleza, en la medida en que este movimiento nos afecta. Esto es cierto aun por lo que se refiere a los valores que a veces residen en el trabajo mismo, cuando en el seno de la labor hay un elemento de arte espontáneo, de juego o de realización feliz. La industria es entonces libertad perfecta, y muy aparte de toda utilidad.

*George Santayana*

\* \* \*

El que aboga hoy por el individualismo sin restricciones es un traidor. Sin embargo, los que impartan la nueva enseñanza no deben olvidarse del valor del individuo. Basta con lanzar una mirada sobre la Rusia contemporánea, para convencerse de lo fáciles y terribles que son las consecuencias de la consideración del individuo sin personalidad propia, del *hombre-masa*, que tiene que fusionar su bienestar económico en el del grupo. Debemos, pues, tener cuidado de no destruir la personalidad al predicar la nueva actitud social.

*B. Yddings Bell*

\* \* \*

El individualismo sin restricciones tiene en sociología un nombre propio: *acracia*. ¿Y cuándo ha sido ácrata el liberalismo? El Estado es una restricción querida por el liberal, para que haya orden y justicia. Lo que conviene es que la restricción no desborde de sus límites racionales convirtiéndose en socialismo.

\* \* \*

El terror es fecundo en males. Sobre esta fecundidad del terror podrían llenarse volúmenes con ejemplos elocuentes. Pero ¿a qué otros ejemplos, si tenemos a la vista el vivo ejemplo que desde hace 15 años nos ofrece Rusia? La consolidación del soviét no fue únicamente un desbordamiento de terror transitorio; fue una vasta tempestad terrorista. La sangre corrió a raudales y las víctimas se contaron por millares. El pedestal de los magnates del nuevo Estado ha sido ama-

sado con las lágrimas del pueblo y representa la condensación de un caudal sangriento lleno de pormenores horripilantes, pese a los postulados “humanitarios”, “solidaristas” y “antibélicos” del comunismo.

Nada nuevo ha habido en cuanto a la técnica terrorista de Stalin, porque ya se sabe que todos los despotismos —por una extraña paradoja— tienen notable parecido aun ostentando desemejantes uniformes.— Los opresores tiene poca inventiva y sus recursos son idénticos con una identidad trágica.

En la carnicería organizada en Rusia bajo la dirección de Stalin, no ha habido enjuiciamiento, ni depuración de acusaciones, ni aclaración de responsabilidad, ni medio alguno de defensa para los reos presuntos de oposición.

El terror no puede ser sistema de gobierno ni ha sido jamás vehículo de ninguna doctrina destinada a la inmortalidad. La paz verdadera sólo se genera con justicia y con libertad. Creer que la sangre intimida, es una bellaquería de cancerbero; pensar que el miedo pacifica, es una torpeza míope; arrojar en brazos del terrorismo para conservar el poder, es una ineptia de domador.

*Fernando D. Urdanivia*

\* \* \*

Como sus oponentes de la derecha, el ala izquierda padece la ilusión, común de nuestro tiempo, de imaginar que sus teorías, remedios y proposiciones, nunca han sido previamente examinados.

Burlarse del liberalismo es uno de los pasatiempos favoritos entre los intelectuales de la joven generación. No es una novedad tal pasatiempo; lo nuevo es el público con que cuenta.

Como partido político, el liberalismo ha tenido sus defectos; pero como sistema filosófico, tiene virtudes que nunca han sido tan urgentemente necesarias como ahora, cuando una gran ofensiva se precipita de distintas y numerosas bases, a fin de destruirlo o desacreditarlo.

Nicolás Berdyáef, al mismo tiempo que se regocija de la proximidad de la Nueva Era Medioeval, describe la era presente como el fin del Renacimiento surgido del punto en que empezó la historia de la Europa moderna. ¿Acaso no significa nada el hecho de que la historia de Europa, durante este Renacimiento, haya sido a la vez la historia del desarrollo del liberalismo?

Dante, figura capital de la Edad Media, colocó a Aristóteles entre los réprobos; actitud típica de la mentalidad de una era en que, como afirma Schopenhauer, los puños estaban más desarrollados que los cerebros.

Los fracasos del liberalismo los reconocen, antes que nadie, los mismos liberales, puesto que son sus propios ideales los que están en el tablero; pero estos fracasos son nada al lado de la sangrienta catástrofe o de la oscura desolación que han sido siempre concomitantes del absolutismo. Las virtudes del liberalismo, del libre pensamiento, del humanismo, nunca han sido más

efectivamente esclarecidas que en la Europa de hoy, al observar cómo da traspies ciegamente, a lo largo del camino que conduce hacia la Nueva Era Medioeval.

*Ernest Boyd*

\* \* \*

Hay hombres a quienes se les llama sabios y se les tributa admiración; pero a quienes no se les hace caso. Uno de estos hombres es el ilustre español don Miguel de Unamuno. Desde joven orientó su vida espiritual tomando una posición resuelta frente a dos cuestiones que en el fondo se confunden, pero que pueden ser consideradas separadamente.

A la pregunta de: —¿La escuela que instruye o la escuela que educa?, ha respondido firmemente: la escuela que instruye. Solamente la instrucción educa. La suprema y más acabada disciplina es la de la verdad.

“¡Bravo!”, han exclamado sus admiradores de España y América, “pero lo importante no es la instrucción, sino la educación”.

A la pregunta de —¿Individualismo o socialismo?, ha respondido también con firmeza: individualismo. Justicia es dar a cada uno lo suyo (*Suum cuique tribuere*), lo que supone el *Suum*, el suyo, lo posesivo y el *Quisque*, el cada uno, el individuo consciente de sí mismo, la persona. “Justicia social”, apenas tiene sentido; toda justicia es individual. Y para un pueblo, como para un hombre, profético, justiciero, Dios es un *Quisque*, un individuo, y un individuo responsable. Y



por eso el profeta puede pedirle cuentas a Dios, preguntándole: ¿Por qué me has abandonado?

“¡Bravo!”, vuelven a exclamar los admiradores de Unamuno en España y América, “pero estamos por el socialismo”.

Pues dejémoslos estar, ciegos, que no ven que el único altruismo verdadero es fruto obligado del individualismo fuerte, como no ven que la única educación posible es consecuencia de la instrucción efectiva.

13 de marzo

\* \* \*

En la *Revista Ercilla* de 21 de febrero hay una traducción de un artículo del doctor Walter Ruffre, de Berlín, del cual voy a copiar la hermosa conclusión en seguida. Poco a poco el público llegará a comprender lo antihigiénico que es el ruido y lo ilícito que es atormentar con él a los vecinos. Coloque Ud. su radio o su fonógrafo, por ejemplo, en una sala cerrada, que no dé a la calle ni a un patio abierto. Y si Ud. es jefe de una casa de comercio o de un taller, no se le ocurra tontamente aumentar el desgaste de sus empleados y disminuir el rendimiento de su trabajo. Schopenhauer dijo que el ruido es el verdadero asesino del pensamiento, y lo dijo en un tiempo en que se gozaba de silencio aun en los grandes centros de población y en un tiempo en que no se habían estudiado los efectos del ruido sobre la presión arterial, la pulsación, la respiración y la tensión nerviosa. Los fisiólogos han demostrado que el ruido es nocivo para todos los tra-

bajadores mentales y musculares. La capacidad de rendimiento disminuye. Aumentan los accidentes, los errores, el cansancio; se producen, por último, el surmenaje y la neurastenia. Las perturbaciones fisiológicas persisten aun cuando el oído parezca acostumbrado ya al estrépito.

Oigamos ahora la conclusión del doctor Ruffre:

“La técnica ha encontrado muchos métodos para la disminución de los ruidos estruendosos, pero el éxito completo no está tanto en ella, ni en las medidas que tome contra el ruido la policía, sino en nosotros mismos. Debería crearse una especie de “moral de sonidos”, que nos obligue a producir el menor ruido posible, tanto en nuestras casas, como en la calle, caminando a pie o en un vehículo cualquiera, para no perjudicar el sistema nervioso del prójimo y para no estorbarle en un trabajo que siempre presta, de un modo u otro, cierta utilidad social”.

\* \* \*

No hay más que una manera de cambiar las sociedades: la de cambiar sus unidades, esto es, los individuos. ¿Y cómo se puede cambiar a los individuos? Haciéndoles conocer la verdad, esto es, instruyéndolos.

Instruidos, se harán mejores ellos mismos y sabrán hacer mejores a sus hijos.

\* \* \*

En el campo de la pedagogía, al igual que en los otros campos, brotan de tiempo en tiempo hongos que lo dejan a uno perplejo: son la triste evidencia de que

todavía viven en la oscuridad cosas que se daban por muertas y bien enterradas. Hace más de medio siglo de universal descrédito de los exámenes y concursos, pero todavía se oyen aquí voces que reclaman como un progreso el nombramiento de los profesores *por oposición*. Excepto en los de España, ¿en cuál centro docente notable se eligen los profesores por este procedimiento? ¿Cuándo y dónde han podido descubrirse mediante actos de semejante naturaleza los buenos maestros? ¡Comience Ud. por notar que es ya prueba de ser mal maestro el someterse a una oposición! Ni la vocación, ni la asiduidad, ni siquiera el saber se pueden demostrar con exámenes. Y aun cuando ello fuera posible, ¿cómo descubrir a los buenos examinadores?

\* \* \*

En un artículo de Augusto Lumière encuentro las siguientes líneas:

“Hacia mediados del siglo XVI, en la secta de los médicos cabalistas, alquimistas, astrólogos, teósofos y taumaturgos, emerge *Paracelso*, quien, poco respetuoso con sus grandes antepasados, escribe:

“Se me reprocha el no llamar a la verdadera puerta; pero ¿cuál es la verdadera puerta? ¿Es *Galen*, *Avicena*, *Mesné* o la misma naturaleza? Yo creo que es la naturaleza; su antorcha es la que me ilumina, y no el candil de los boticarios.”

\* \* \*

Dice Lamartine:

La voluntad de aliviar es por sí misma una potencia que alivia. Un médico debe ser bueno; en esto está más de la mitad de su genio.

\* \* \*

En el "Anuario de la Instrucción Pública en Suiza", el profesor Arnold Reymont estudia el problema de "la democracia y la enseñanza superior", que están en crisis a la vez. La crisis de la democracia es manifiesta aun en los países en que dicha democracia existe efectivamente. "Unos la censuran con aspereza, mientras otros, mañosamente, se sirven de ella como de una mampara, a fin de instituir un sistema despótico." "Hasta el comunismo puede basarse en la libertad individual. Pero si se impone a ella, significa tiranía pura y simple y debe ser desechado enérgicamente." Esta es la conclusión de la primera parte del estudio.

La crisis de la cultura mental es también innegable. "La Edad Media insistió sobre todo en la teología; los siglos XVI y XVII, en el derecho y las letras; los XVIII y XIX, en las ciencias, y el XX pone su eje del lado de los estudios comerciales, económicos y políticos, de tendencias claramente utilitarias."

¿A qué conclusiones llega el profesor Reymont después de desarrollar su tema? A las siguientes, perfectamente justas:

I.—El objeto de la doctrina universitaria no puede ser sino la libre investigación de la verdad. La Uni-

versidad ha descendido al convertirse en un centro político, de divulgación de verdades oficiales.

II.—Hay que reformar la segunda enseñanza, devolviéndole su carácter primitivo y abandonando toda esa variedad de tipos de bachillerato que han venido ideándose desde la segunda mitad del siglo pasado. Hay que volver al diploma único, igual para todos los adolescentes, cualesquiera que hayan de ser sus carreras futuras.

\* \* \*

En la guerra contra Abisinia, que a través de las vicisitudes de los siglos se ha mantenido cristiana, el clero de Italia, dentro y fuera del Vaticano, se ha manifestado patriota, lo cual es muy comprensible, pero anti-universal (esto es, anticatólico).

\* \* \*

En Inglaterra, las letras son, además de letras, un buen negocio. Los herederos de Rudyard Kipling van a recibir 750.000 libras. Bernardad Shaw gana unas 35.000 libras por año; Wells 25.000.

\* \* \*

Con motivo de los incidentes ocurridos en la Facultad de Derecho de París durante la última manifestación contra el profesor Jéze, los profesores de dicha Facultad, unánimemente, se declararon profundamente conmovidos por el hecho de que el Decano, M. Allix, "obligado a acudir a la policía para vaciar la Facultad, no pudiera obtener de los Agentes la ejecución de las medidas necesarias para establecer la

calma y fuera él mismo brutalmente herido por un agente en el momento en que intervenía como Decano en defensa de un estudiante que no era de los manifestantes.”

12 de febrero de 1936.

\* \* \*

Al muy inteligente y liberal siglo XIX ha sucedido un siglo XX autoritario y nacionalista. La época que vivimos actualmente, ¿es una monstruosidad pasajera o marca una vuelta atrás de la civilización?

En realidad el Estado debe tener límites, los cuales son, por una parte, los derechos imprescriptibles de los individuos, y, por otra parte, las consideraciones debidas a los demás Estados.

*L. Rougier*

\* \* \*

Es muy frecuente en estos días oír citar el nombre de Nietzsche como antisemita. Según H. J. Bollé, esto es un error. Nietzsche era un gran enemigo de la moral cristiana: la acusaba de ser contraria a la evolución de la vida y de agotar la savia de ésta por el principio de la resignación y de la elevación de los débiles a expensas de los fuertes. Y como el cristianismo procede del judaísmo, el filósofo llegaba hasta exclamar: “¡Los judíos —el peor de los pueblos!” Pero no entraba en ello ninguna consideración de raza. Como raza, Nietzsche era un admirador de los judíos: deseaba una alianza “entre los Arios, que saben mandar y los Semitas, que saben pensar.” “La cultura bróta ahí donde se juntan las dos razas.”

## Karl Marx

Por Harold J. Laski

*HAROLD J. LASKI, nació en 1893 y es actualmente profesor de la Escuela de Economía y Ciencias Políticas de Londres. Sostenedor de una teoría pluralista de la soberanía, Laski constituye una de las figuras más vigorosas de Inglaterra dentro del pensamiento científico contemporáneo. De los libros de Laski, se encuentran traducidos al castellano: Comunismo, Introducción a la Política, El Estado Moderno, Derecho y Política, La Crisis de la Democracia y Karl Marx, del cual reproducimos uno de los capítulos sobre la doctrina marxista, recientemente anotado y vertido a nuestra lengua por Antonio Castro Leal.*

Una generación que ha visto defender tal doctrina con ametralladoras y bayonetas, no es fácil que le conceda menor importancia de la que tiene. No es posible tampoco negar que la evolución social ha seguido en no pocos casos el curso que Marx predijo. A quien lea la historia de la lucha industrial en los Estados de Colorado y de Virginia Occidental, le será difícil encontrar un límite de aberración que el capitalismo no haya estado firmemente dispuesto a sobrepasar. La forma en que han sido tratados los comunistas en Hungría y en Finlandia tiene exactamente los caracteres que Marx previó. Una comunidad aislada, como los mi-

neros de Gales del Sur (Australia), se torna espontáneamente al comunismo en el ambiente de incompetencia y de maltrato creado por sus jefes. Y el gobierno representativo, por lo menos en su forma clásica, no parece justificar las grandes esperanzas que en él pusieron sus expositores benthamistas. Todos los países que han experimentado el sufragio universal han sufrido una desilusión. Hasta es un lugar común sostener que la razón cuenta poco en las luchas políticas y que hay que confiar en los impulsos irracionales que buscan nada más la satisfacción de deseos individuales. Es posible que haya subido el nivel general de la civilización que excita, por ejemplo, una creciente aversión a imponer penas excesivas; pero nada revela que el conflicto de clases haya disminuido. Por el contrario, los acontecimientos de la última década indican claramente que se ha agravado y que hemos entrado en un período que ataca por su base misma, los derechos de propiedad. Es por demás indiscutible que el precio que ha pagado el capitalismo para poder sobrevivir, ha sido el ofrecimiento de concesiones que una generación antes hubieran parecido no sólo innecesarias, sino increíbles.

Pero la semejanza de la situación general con el estado de cosas que Marx preveía, no justifica suficientemente los principios en que éste se fundaba. En primer lugar, la organización de una revolución es hoy un problema distinto de lo que era en los días de las barricadas de París. Es posible que una población civil enfurecida logre derrocar un régimen que carece

del apoyo del ejército y de la marina, y que, como ya lo demostró Cromwell hace mucho, una fuerza militar descontenta de sus jefes civiles pueda dominarlos sin dificultad. Pero es muy distinto el caso de un grupo de hombres en la situación que tienen los comunistas en el Estado moderno. A menos que constituyan la mayoría, y por lo tanto, el Gobierno, la hostilidad del ejército y de la marina es inevitable. Además, no podrán obtener en grandes cantidades los pertrechos necesarios para una sublevación. Tendrían que apoderarse de los arsenales nacionales, lo cual significa, en cualquier caso, una dispersión de fuerzas. Tendrían que encontrar en el pueblo, por lo menos, un sentimiento de aquiescencia. Tendrían que garantizar la provisión de víveres que, exceptuando una sociedad eminentemente agrícola, sería imposible si la revolución dañara seriamente el crédito internacional. Aun considerando que una huelga general equivalga en las condiciones de la industria moderna, a una revolución, las dificultades serían abrumadoras. Es muy fácil que una huelga general tenga éxito como protesta contra una guerra porque las sombras de presagio de ésta pueden provocar decisiones irresistibles; pero en una cuestión menos dramática, parece muy probable que, para estar seguros de su triunfo, los huelguistas tendrían también que contar con el ejército y la marina. Porque un ejército moderno no puede atender todos los servicios de transporte, así como asegurar la distribución de víveres, y el problema del combustible depende

cada vez menos del carbón mineral. La previsión marxista de una minoría armada en secreto que se adueña del poder de un golpe, es inverosímil en el Estado moderno. Requeriría la existencia de un gobierno tan débil que casi no fuera ya gobierno, o, lo que es acaso igual, una población en activa simpatía con el grupo revolucionario. Los recursos de publicidad de nuestra época hacen imposible la preparación en secreto del intento gigantesco que supone la hipótesis de Marx.

Pero esto no es más que el principio de las dificultades. El análisis de Marx suponía un sistema de Estados cuya vida estaba determinada principalmente por consideraciones económicas y que gozaban de una relativa independencia respecto a sus vecinos. En el mundo moderno, estas dos suposiciones son ciertas sólo en parte. Una nación como Inglaterra, que depende por completo del comercio exterior, no podrá realizar una revolución con éxito, sino en el supuesto de que sus vecinos vieran sus resultados con buenos ojos; tal actitud, por parte, por ejemplo, de los Estados Unidos, es muy poco probable, y la ruptura del comercio anglo-americano sería fatal para cualquiera revolución en Inglaterra. Pero no es esto todo. Está claro que las divisiones que en su desarrollo provoca una revolución, serán determinadas en muy pequeña parte por consideraciones económicas. En un país como los Estados Unidos de América, por ejemplo, habría por lo menos tres nuevos factores de vital importancia. Una revolución comunista yanqui tendría que enfrentarse con

problemas de distancia, que probablemente la harían abortar en sus primeras etapas. No sería el caso, como en Francia, del formidable empuje de la capital sobre la vida del país; Washington es una ciudad relativamente insignificante en la perspectiva norteamericana. Dominar todo el territorio implicaría dominar la red ferrocarrilera más complicada del mundo; aunque esta dificultad fuera vencida, habría que allanar el complejo de diferencias nacionalistas. Alemanes, franceses, ingleses, irlandeses, polacos, todos éstos tienen sus características especiales que el capitalista yanqui ha sabido explotar para desventaja de todos ellos; es difícil saber cómo un llamamiento a la minoría comunista de cada grupo, podría borrar estas diferencias. Pero aunque así fuera, queda el problema religioso; el dominio que la Iglesia tiene sobre los espíritus, especialmente en los latinos, no iría a perderlo fácilmente. Para Marx que insistía solamente en los motivos económicos, es fácil ignorar estas dificultades; pero es una visión demasiado estrecha no darse cuenta inmediata de que pueden existir otros estímulos igualmente poderosos. Y aunque sostuviéramos que Marx supusiera que en nuestra época habían desaparecido los prejuicios hijos de la nacionalidad y de la religión (lo que es dudoso), y que las barreras levantadas por las diferencias económicas fueran en la actualidad las únicas importantes, sus conclusiones no serían válidas. Porque en una época de sufragio universal debería ser posible ganar el poder en las urnas electorales y dejar

al capitalista el estigma de rebelarse contra una democracia socialista.

Pero hay otros aspectos del problema que Marx no consideró debidamente. En primer lugar, las consecuencias generales que sobre la sociedad tiene la práctica de la violencia, especialmente si se piensa en el carácter destructor de la guerra moderna y, en segundo lugar, las consecuencias psicológicas especiales sobre los agentes de las fuerzas enemigas de tal régimen. Marx no tomó en cuenta estas posibilidades, tanto por que juzgaba que el conflicto era de todos modos inevitable, como porque estaba convencido de que cualquier sacrificio que se hiciera lo justificarían finalmente los resultados. Esta actitud es, naturalmente, sólo un ejemplo de la poca importancia que en general daba a los valores de psicología política. Es también, en parte, el corolario de un determinismo que los hechos en cuestión no justifican de ningún modo. Porque es evidente que si la revolución, con todas sus violencias, está justificada en causas en las que tenemos una profunda convicción, no habría ni seguridad ni orden en ningún Estado moderno. La guerra mostró claramente que, una vez desencadenados los impulsos salvajes que reprime la paz, se destruye la base de una existencia decorosa. Si la vida se vuelve una jacquerie continua y organizada, la civilización puede fácilmente llegar al punto en que, como en el cuadro imaginario, pero no inverosímil, de Wells, algún anciano sobreviviente hable de una Europa ordenada, como de una leyenda

que sus nietos sean incapaces de comprender. Porque la violencia en gran escala, lejos de conducir al comunismo, provocaría una forma de vida en la que no podrían aparecer los impulsos que hacen posible un Estado comunista. Porque la condición del comunismo es la represión de esos mismos apetitos que la violencia desencadena, y Marx no indicó en ninguna parte cómo podría evitarse esta dificultad.

Pero, además de esta cuestión, hay que considerar otro punto. Marx suponía, después de la conquista del poder, un período de severa dominación hasta que el pueblo estuviera preparado para el comunismo. Pero no explicó cuál será la duración aproximada de ese período, ni qué seguridad hay de que los que ejerzan tal dictadura estén dispuestos a entregar el poder en el momento apropiado. Es caso sabido en la historia que el poder envenena a los que lo ejercen, y no hay razón para suponer que el dictador marxista sea en este punto distinto a los demás hombres. Y, *ex hypothesi*, será más difícil vencer su inquina, ya que en su régimen será imposible la oposición. No hay grupo de hombres que, habiendo ejercido poderes de déspota, permanezca fiel a la práctica de la responsabilidad democrática. Esto es evidente, por ejemplo, en casos como los de Sir Henry Maine y Fitzjames Stephen, quienes, habiéndose habituado en la India al gobierno autocrático, a su regreso a Inglaterra les impacientaba el lento proceso de persuasión que exige la democracia. El ejercicio permanente del gobierno va alejándose inevi-

tablemente del espíritu y de las necesidades de los gobernados. Porque la clase gobernante adquiere un interés en sí misma, un deseo de permanencia, un anhelo, acaso, de mantener la dignidad y la importancia de su función, y se esforzará por conservar el poder. Esto, después de todo, no quiere decir más que todos los sistemas de gobierno crean un sistema de hábito, y afirmar como corolario que la dictadura marxista engendrará hábitos funestos para la institución del régimen que Marx veía en perspectiva. El vicio específico de todos los sistemas históricos de gobierno, ha sido la tendencia inevitable a identificar sus propios intereses con el bienestar público. Decir que los comunistas pueden hacer lo mismo, no es más que afirmar que son humanos. Y podría agregarse que si entregan el poder en un plazo razonable, al hacerlo por causas que evidentemente no son de naturaleza económica, desvirtuarían con ello la verdad de la interpretación materialista de la historia.

Pero hay que notar que no han sido considerados los problemas éticos que todo esto plantea. Es evidente, por ejemplo, que implica la disolución completa de todo el proceso histórico. Y la disolución de la responsabilidad en la clase gobernante acaba con la personalidad de sus súbditos. En tal régimen no encajan las nociones de libertad y de igualdad. Y, sin embargo, es evidente que los dos defectos fundamentales del capitalismo, son su incapacidad de crear libertad e igualdad para la masa de hombres y mujeres humildes. Es decir,

Marx imaginaba una situación que reproduce exactamente los vicios fundamentales del capitalismo, sin ofrecer ninguna prueba consistente de la extinción definitiva de ellos. Porque, después de todo, lo más importante es tratar de llegar a una civilización en la que la ciudadanía misma implique lo que Graham Wallas llamaba "la capacidad de iniciativa continua". Está claro que sólo una distribución más amplia del poder hará posible esa capacidad. Un hombre cuyos actos y cuyos pensamientos están a merced de otros hombres, pierde su personalidad; y esta pérdida existe también en la rigurosa centralización que Marx preveía. Es indudable que tenía razón al sostener que la distribución del poder económico en un Estado capitalista impide a la mayoría el ejercicio de tal personalidad; pero ese ejercicio tampoco parece realizable en el Estado que Marx imaginaba. Podemos ir más lejos y sostener que será imposible en cualquier Estado cuyas actividades tengan como causa y fin principal el incremento de la riqueza material. Ninguna sociedad podrá alcanzar su completo y final desarrollo, sino cuando el motivo principal de su existencia sea la capacidad de valuar las cosas del espíritu por encima de los productos materiales. Esto requiere una sociología en la que los motivos económicos, exaltados por Marx, se valúen a un nivel más bajo. Pero está claro que para llegar a una situación en que esto sea posible, es indispensable un sistema educativo muy distinto del actual, tanto en su amplitud como en sus finalidades. Es indispen-

sable una transmutación total de valores, de modo que una mayor estimación del arte, que el estudio de la ciencia y de la filosofía, que el ejercicio, en fin, de todas las energías creadoras del hombre—, ahora esclavizadas—, sean el propósito inmediato y fundamental de la organización política.

Sin embargo, si en algo cuenta la experiencia histórica —y la filosofía de Marx no es más que la interpretación de experiencias históricas—, esta transmutación de valores es justamente lo que no podrá suceder en el desarrollo supuesto por Marx. Las invasiones de los bárbaros en Roma no produjeron gran arte ni gran cultura: produjeron las primeras sombras de la Edad Media. La Guerra de Treinta Años retardó en Alemania todo propósito constructivo, hasta los albores del siglo XIX. La experiencia de nuestro tiempo tampoco es distinta. El idealismo de 1914 sucumbió al empuje superior de las fuerzas puramente destructivas que desencadenó la lucha.

Y ya sabemos cuán débiles y frágiles son los vínculos de la civilización, y cuán improbable es que los robustezca ningún empeño que no sea el de la paz. Sobre este panorama, el conflicto previsto por Marx se levanta ante nosotros como el presagio de los mismos males de que queremos librarnos. Enciende en los hombres los impulsos contra los cuales la civilización es una protesta. Que el mal puede ser destruido con el mal; que somos víctimas de fuerzas ciegas e impersonales contra las que es inútil luchar; que los instintos que

dominan al hombre no pueden ser superados por impulsos creadores; todo esto y cosas semejantes son el evangelio de una desesperanza imposible. No cabe dudar que en este sentido tenían razón los socialistas de la vieja escuela, cuyo credo se fundaba en la doctrina del bien, la fraternidad y la justicia. Porque el bien y la fraternidad y la justicia descansan en el amor: no nacen, ni en los últimos extremos, de una doctrina fundada en el odio.

(Artículo tomado de la revista *Universidad*, que se proclama anti-individualista, editada por la Universidad Nacional de México. febrero de 1936.)

---

♦♦♦

### De "La Prensa Libre"

—Pero hoy — nos dice don Elías Jiménez — no tengo cuartillas. No he tenido tiempo para escribir. Otras ocupaciones me han tenido preso en sus garras. Pero eso no quiere decir que no tenga temas locales. También el pensamiento se fija, a veces sin querer, en tanto asunto como trae la prensa. Con motivo del cambio de Gobierno, veo que se esbozan proyectos muy interesantes. A veces traen el respaldo del Presidente electo o de alguno de los futuros altos funcionarios. A veces son temas libres de estadistas independientes que apuntan conveniencias para hacer reformas a nuestra vida legal y a nuestras costumbres. Entre esos proyectos he visto que está tomando ambiente el de llevar la

instrucción militar a las escuelas de segunda enseñanza. Se dice en defensa de este proyecto que es muy conveniente que los jóvenes estén preparados para el uso de las armas de manera que cuando sean ciudadanos en ejercicio de sus derechos y deberes cívicos, puedan defender a la patria con desembarazo de expertos. Debo decirle que yo no estoy de acuerdo con ese plan un poco macabro y un mucho ridículo. A ninguna parte vamos con ello como no sea a despertar aficiones militaristas en el alma de la juventud. Supongamos por un momento que ya están entrenados todos los costarricenses, hombres, mujeres y niños en el manejo de los artefactos bélicos. En suma somos—incluyendo recién nacidos— algo menos o muy poco más de medio millón de habitantes. Medio millón de soldados. Muy bien. Un ejército hábil y diestro de medio millón. ¿Qué hacemos con eso? ¿De quién nos defendemos? ¿A quién atacamos? ¿Es que creemos que así vamos a ser incluidos en la lista de las potencias del mundo? Seremos siempre tan débiles entonces como lo somos en este momento. Apenas si podrá decirse en tal caso que somos un país pintorescamente militarizado. Y gracias. Quienes hablan de esta nueva idea establecen comparaciones relacionadas con las otras Repúblicas de Centro América para llegar a la conclusión de que estamos colocados en situación inferior en tal sentido. No me parece que la comparación ésta sea buena. Para deducir de nuestra vida de República la conveniencia de militarizarse o no militarizarse, la comparación que

tenemos que hacer es otra: la de nosotros mismos en épocas pasadas y en épocas modernas. Antes vivíamos también la vida esa de cuarteles en armonía con los otros países. No tuvimos guerras, pero tuvimos revoluciones y cuartelazos y complicaciones diversas de estilo trágico. Pero desde que llegaron al Poder hombres desmilitarizados y que suprimieron de las escuelas tales enseñanzas, se acabaron esas revoluciones constantes y ese sometimiento de los poderes públicos al poder militar y ese estado de alarma que vivimos en tantas oportunidades. En los últimos años han sido pocos y de escasa importancia los complejos del militarismo en el desarrollo de nuestra vida nacional. Y lo debemos en gran parte a la educación cívica alejada por completo del manejo de las armas. Hemos aprendido a respetar y a hacernos respetar por medio de las leyes y por medio del pensamiento o la razón. No creo yo que haya un sólo costarricense de intenciones buenas que pretenda dar el salto atrás para que florezcan de nuevo aquellos tiempos inquietos en que la lealtad no jugaba papeles muy airoso en el poder público. Por eso yo me quedo con el actual sistema. Ese de traer a los campesinos, tranquilos y sanos, al cuidado de las armas que garantizan el orden público, es lo mejor. Nuestro campesino llega a los cuarteles a disgusto. No es oficio que le estimule las ambiciones ni la pasión. Cumple con su deber y cuanto antes se marcha otra vez para sus labores de la tierra. Si es preciso, está listo a defender el puesto que se le ha confiado. Si es

preciso muere, a la orilla de su rifle. Pero no alienta nunca en su alma ambiciones de conquistas del poder haciendo uso de las armas que se le han confiado para custodia de las instituciones nacionales. Esto es más noble y más digno que lo otro. Esto conviene más a nuestra vida de República que entrenar a los estudiantes para el uso de las armas. Pero si se quieren hacer reformas en que entren cuarteles y colegios; en que las ametralladoras se mezclen con los libros, podemos invertir los términos. En lugar de hacer que los colegios se conviertan en cuarteles, hagamos que sean los cuarteles los que se conviertan en colegios. No llevemos armas a los alumnos, sino que llevemos libros a los cuarteles. No le quitemos el brillo a la enseñanza con las tinieblas de los rifles, sino que llevemos luz de instrucción a la oscuridad de los centros militares. Y de este modo habremos realizado una reforma que corresponda realmente a una ambición de mejoramiento cultural que es más fuerte para nuestra defensa que todo lo que hagamos o podamos hacer con las ametralladoras. Pero le repito que hablo sobre temas actuales que no son todavía una realidad. Yo no creo que el Presidente electo esté pensando en estas cosas. El Licenciado Cortés es un letrado y no un general. El poder lo conquistó en la paz y la libertad. No han sido ni golpes de cuartel ni revoluciones los que lo han traído a la Presidencia de la República. Y por lo tanto, si en algo piensa reformar nuestros sistemas, que sea

en ese sentido, en el de convertir los cuarteles en colegios y nunca los colegios en cuarteles.

Hasta aquí las declaraciones de nuestro colaborador y amigo, que nosotros reconstruimos libremente.

Ramón Caldera

4 de Abril de 1936



### Del "Diario de Costa Rica"

6 de abril

—En "*La Prensa Libre*" de esta tarde aparece un reportaje mío: es mi pensamiento; pero está diluido —al par que hermoso— en la redacción del repórter. Querría precisar las ideas y por ello he pensado hacerlo en "*Diario de Costa Rica*", fueron las palabras de don Elías Jiménez Rojas al entregarnos ayer tarde las palabras que a continuación nos complacemos en reproducir:

Soy de los que no creen en la "nobleza" del ejercicio de las armas, y menos todavía creo en los ejercicios de carácter militar. El año en que entré al Instituto Nacional fueron suprimidos los ejercicios militares en los colegios de la República. Revivieron más tarde y por corto tiempo durante la administración de don Rafael Yglesias. Esa supresión ¿no habrá contribui-

do al pacifismo de Costa Rica en los últimos cincuenta años? Porque antes no fuimos pacíficos.

Pasé mi juventud en una gran nación militarizada y no recuerdo de un sólo caso en que no descubriese yo *desmejoramiento* en el compañero que regresaba de prestar su servicio militar. El uno volvía *despreocupado*— según la regla del cuartel, en donde *todo es permitido, excepto el dejarse coger haciendo lo que está prohibido*; el otro volvía desalentado, propenso a ver las cosas del lado malo, etc. Todos, desmejorados.

Es preciso, sin embargo, que haya unos cientos de ciudadanos aptos para el servicio de policía, quiero decir, para el sostenimiento del orden público y la seguridad de todos. De guerras, no hablo yo, de ningún modo y en ningún caso. Todas las guerras son malas y todas terminan por donde habríase debido comenzar: *por convenios* aunque no puedan ser igualmente satisfactorios para todas las partes.

¿Dónde, pues, formar los cuerpos de policía? ¿En los colegios y escuelas comunes? Esta última pregunta es tan torpe, que no merece respuesta. Hay que formarlos en institutos especiales, que parezcan cuarteles que se han transformado en escuelas. Lo otro, el intentar a estas horas el cambiar las escuelas en cuarteles es simplemente un despropósito fenomenal. Los alumnos de los institutos de policía deben ser jóvenes de 18 a 21 años, robustos, alegres, con espíritus de campesinos, enamorados de la paz de sus hogares y de la libertad de sus campos, que puedan fortificar sus

cuerpos y sus mentes y adquirir hábitos de limpieza cívica a la vez que se adiestran en el manejo de las armas.

---

♦♦♦

### Sr. Redactor de "El Guanacaste"

Comprendo la desilusión que va a producir a Ud. esta mi respuesta a su atenta carta del día 8. El problema de las caries dentales y el problema de la calvicie me han preocupado desde mi adolescencia, por razones que no son de interés público. He leído cuanto ha caído en mis manos acerca de ellos y he hecho un sinnúmero de experimentos. El resultado ha sido nulo. Todos los factores que se han señalado: herencia, papel del calcio y del flúor, papel del arsénico, papel de las vitaminas, etc., todos han sido invalidados como primordiales por el hecho constantemente repetido de que dos niños, hijos de los mismos padres, y hasta gemelos a veces, criados en una misma localidad, en idénticas circunstancias de clima y sometidos a idéntica vida y alimentación, se muestran totalmente distintos en cuanto a la suerte de sus cabellos y, sobre todo, de sus dientes. Tan distintos en esto como en su inteligencia y en sus rasgos morales. Y este es un hecho universal, que no debe hacernos despreciar la herencia o la alimentación, por ejemplo, pero que nos dificulta extremadamente la solución deseada.

Ud. me asegura que en Guanacaste el número de pacientes de caries llega al 90% de la población. Esto pasa de castaño a oscuro y hace pensar en alguna causa adicional y local que deben buscar las personas que conozcan bien dicha región. ¿Son comunes ahí los matrimonios entre parientes? ¿Padecen de estreñimiento por lo general sus moradores? ¿Han sufrido todos de paludismo? ¿Están muy extendidas la sífilis y la tuberculosis? La respuesta afirmativa a cualquiera de estas preguntas, bastaría para dar la clave particular del mal y, por consiguiente, para iluminar el remedio.

*Elías Jiménez Rojas*

